



LA HUELLA EPISTOLAR KAFKIANA EN *EL OLVIDO QUE SEREMOS* DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

*THE KAFKIAN EPISTOLARY TRACE IN EL OLVIDO QUE SEREMOS
BY HÉCTOR ABAD FACIOLINCE*

Bárbara Rodríguez Martín* 

Fecha de Recepción: 26 de mayo de 2023
Fecha de Aceptación: 06 de septiembre de 2023

Cómo citar este artículo/Citation: Bárbara Rodríguez Martín (2024). La huella epistolar kafkiana en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. *Anuario de Estudios Atlánticos*; nº 70: 070-016. <https://revistas.grancanaria.com/index.php/aea/article/view/11036/aea>
ISSN 2386-5571. <https://doi.org/10.36980/11036/aea>

Resumen: Los estudios críticos sobre *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince se han centrado en su naturaleza ficcional y su adscripción genérica, abordando cuestiones tan dispares como la reconstrucción de la memoria histórica latinoamericana reciente, las relaciones intertextuales, los vínculos con la literatura colombiana (y, en particular, su confrontación con la sicaresca), el abordaje del proceso de duelo a través de la escritura... Pero no se ha contemplado su relación con el género epistolar. Tomando como puntos de partida la afirmación de Abad Faciolince de que su novela es «una carta a una sombra» y su alusión a un posible proyecto de reescritura de la *Carta al padre* (1919) de Kafka «pero al revés», este artículo especula sobre su deuda con dicho género y, mediante el análisis comparativo de ambas obras, rastrea algunas similitudes y disimilitudes reveladoras de la huella kafkiana en *El olvido que seremos*.

Palabras clave: *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince, *Carta al padre*, Kafka, padre, relación paternofilial, muerte

Abstract: The critical studies on *El olvido que seremos* (2006) by Héctor Abad Faciolince have been focused on its fictional nature and generic attributions, dealing with unlike issues such as the reconstruction of the recent Latin-American collective memory, intertextuality, its bonds with Colombian literature (particularly its confrontation with the sicaresca genre), the approach to the stages of grief through writing... However, its relationship with the epistolary genre has not been considered. Taking as starting points Faciolince's statements defining his novel as "a letter to a shadow" and his allusion to a possible rewriting of Kafka's Letter to His Father (1919) "but the other way round", this article speculates on his influence from the mentioned genre and, by means of comparative analysis of both works, researches some revealing similarities and differences with kafkian style in *El olvido que seremos*.

Keywords: *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince, *Letter to father*, Kafka, father, parent-child relationship, death.

* Departamento de Filología Española (Área de Literatura). Facultad de Humanidades. Universidad de La Laguna. C/ Prof. José Luis Moreno Becerra, s/n. San Cristóbal de La Laguna. España. Teléfono: +34922317704; correo electrónico: brodrigm@ull.edu.es



El olvido que seremos (2006) de Héctor Abad Faciolince es una obra de difícil adscripción genérica¹. Por una parte, es indudable que el tema central de la obra es la vida y el asesinato del padre del autor, Héctor Abad Gómez, activista por los derechos humanos acorralado por sicarios en agosto de 1987 cuando era precandidato por el Partido Liberal a la alcaldía de Medellín. El consenso de la crítica en este punto es unánime: según Augusto Escobar Mesa, «el eje temático de la novela es el ejercicio de la memoria de un hijo para rescatar del olvido la muerte anunciada del padre»²; para Andrea Fanta Castro, es evidente que «la muerte es el motor de la narración»³. Además, la reconstrucción de los hechos se realiza a través de una rigurosa labor de documentación cuyas fuentes principales son testimonios personales y materiales de muy diversa índole: programas de radio, entrevistas, comunicados, conversaciones telefónicas, conferencias, artículos, ponencias, estadísticas, actas de reuniones, encuestas, denuncias, expedientes judiciales, cartas familiares e institucionales...; así lo atestiguan numerosas alusiones y citas intertextuales.

Por otra, la narración está traspasada por el recuerdo y la subjetividad del autor-narrador-personaje, y la inspiración y cualidad literarias son incuestionables, entre otros rasgos discursivos, por las referencias explícitas a la deuda declarada con las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, la frecuente evocación de autores (Proust, Borges, Shakespeare...) y los vestigios estructurales de *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez. En consecuencia, uno de los debates fundamentales de la crítica ha girado en torno a su naturaleza fáctica o ficcional (la mayoría de las veces resuelto a favor del polimorfismo, la ambigüedad y la hibridez genérica) y, en particular, a su subgénero literario.

Las propuestas historicistas más destacadas han sido las de María del Carmen Caña Jiménez, para quien *El olvido que seremos* entronca el caso colombiano con la creación de un discurso transnacional y una conciencia global a favor de los derechos humanos⁴, y la de Juan Cruz, cuya lectura tiene como referente la crónica hispanoamericana⁵.

Entre las posturas eclécticas, destaca el polimorfismo por el que aboga Escobar Mesa, quien considera que la obra de Abad Faciolince permite una lectura simultánea como crónica testimonial, biografía novelada (del padre), autobiografía (del hijo) y confesión en el sentido ético y moral de María Zambrano⁶. Asimismo, la indefinición y ambivalencia entre vida y literatura de la clasificación como «libro suma»⁷ de Wanderlan Alves, y la adscripción a la categoría de la autoficción como un híbrido entre novela y autobiografía que activa un pacto ambiguo de lectura⁸ por parte de Andrea Paola Horcasitas Martínez. También son remarcables la triple asociación con el relato de filiación (en contraposición a las novelas de genealogía), las narraciones sobre el luto y la autobiografía⁹ que postula Ghilherme Belcastro de Almeida; así como la catalogación como autoficción, testimonio, saga familiar, memorias y novela sobre el duelo¹⁰ de Kristine Vanden Berghe, para quien *El olvido que seremos* es, además, un claro ejemplo de novela antisicaresca (pues, frente a las obras que enaltecen a figuras vinculadas al mundo del narcotráfico, hace un análisis «no narcotizado» del pasado colombiano reciente) y de «escritura seca»¹¹ (en la medida en que opta por un estilo ajeno al exceso de sentimentalismo y truculencia).

1 Este hecho queda patente en su traducción a otras lenguas, pues, tal como afirma Vanegas Vásquez: «Se publicó como *roman* (“novela”) en la traducción al francés y en Inglaterra como *memoirs* (“memorias”）」 (VANEGAS [2015], p. 97).

2 ESCOBAR (2011), p.166.

3 FANTA (2015), p. 31.

4 CAÑA (2014), pp. 41-42.

5 CRUZ (2016), pp. 151-152.

6 ESCOBAR (2011), p. 178.

7 ALVES (2019), p. 367.

8 HORCASITAS (2021), p. 91-93.

9 BELCASTRO (2019), p. 144.

10 VANDEN (2015), pp. 275-276.

11 VANDEN (2022), pp. 211-213. Asimismo, Mario Vargas Llosa señala: «El libro es desgarrador pero no truculento, porque está escrito con una prosa que nunca se excede en la efusión del sentimiento, precisa, clara, inteligente, culta» (VARGAS LLOSA [2022], p. 229).

Esta multiplicidad de adscripciones tiene un claro precedente en «La amistad y los libros», donde ya en febrero de 2010 Mario Vargas Llosa sostenía:

Es muy difícil tratar de sintetizar qué es *El olvido que seremos* sin traicionarlo, porque, como todas las obras maestras es muchas cosas a la vez. Decir que se trata de una memoria desgarrada sobre la familia y el padre del autor —que fue asesinado por un sicario— es cierto, pero mezquino e infinitesimal, porque el libro es, también, una sobrecogedora inmersión en el infierno de la violencia política colombiana, en la vida y el alma de la ciudad de Medellín, en los ritos, pequeñeces e intimidades y grandezas de una familia, testimonio delicado y sutil del amor filial, una historia verdadera que es asimismo una soberbia ficción por la manera como está escrita y construida, y uno de los más elocuentes alegatos que se hayan escrito en nuestro tiempo y en todos los tiempos contra el terror como instrumento de la acción política¹².

De hecho, en la propia obra el autor-narrador-personaje no es unívoco en relación con la naturaleza de su narración. En el primer capítulo, tras reflexionar sobre la importancia que ha tenido la correspondencia en la relación paternofilial sostiene: «Este mismo libro no es otra cosa que la carta a una sombra»¹³. En el décimo, distanciándose del ejemplo discursivo del padre (quien tras la muerte de su hija Marta a los dieciséis años a causa de un melanoma en 1972 había decretado que «sería la leyenda más hermosa de la historia familiar»¹⁴), Abad Faciolince aclara: «No quiero hacer hagiografía ni me interesa pintar un hombre ajeno a las debilidades de la naturaleza humana»¹⁵. En el duodécimo, asevera: «Este libro es el intento de dejar un testimonio de ese dolor, un testimonio al mismo tiempo inútil y necesario»¹⁶. Y en el último, titulado «El olvido», insiste: «quiero dejar testimonio de mi dolor y de mi rabia por la forma en que nos arrancaron esa vida»¹⁷.

Este último capítulo es el que más reflexiones metaliterarias incluye. La mayoría establecen vínculos entre *El olvido que seremos* y las denominadas escrituras del yo¹⁸; en concreto, con el género memorialístico, biográfico y testimonial. Así lo ponen de manifiesto afirmaciones posteriores tales como «si las palabras trazan un mapa aproximado de nuestra mente, buena parte de mi memoria se ha trasladado a este libro»¹⁹ o «[este libro] es un homenaje a la memoria y a la vida de un padre ejemplar»²⁰. De la misma manera en sus diarios Abad Faciolince concede: «Es una novela sui generis, una novela que no tendrá ni un solo personaje inventado y ni una sola mentira»²¹.

En ello ha incidido, y con acierto, buena parte de la crítica. No obstante, y por más que a lo largo de este artículo se opte por la denominación «novela», cabría preguntarse si la imagen del capítulo inicial que identifica el libro con una «carta a una sombra» es tan solo un sugerente hallazgo verbal.

UN EPISTOLARIO IN VITA Y POST MORTEM

La labor profesional de Héctor Abad Gómez, médico de formación, se centró en la actividad académica como catedrático de Medicina Preventiva y Salud Pública y, a través de distintas instituciones, en el impulso de innumerables campañas sanitarias tanto en Colombia como en el extranjero. En opinión de su hijo, Abad Gómez «se dedicó a su pasión, a salvar vidas, a mejorar las condiciones básicas de salud y de higiene: agua potable, ración de proteínas, disposición de

12 VARGAS LLOSA (2022), pp. 228-229.

13 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 25.

14 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 194.

15 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 257.

16 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 274.

17 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 304.

18 No obstante, como bien señala Vanegas Vásquez, se «necesita fortalecer el terreno conceptual para reflexionar acerca del papel de las narrativas autorreferenciales en la conformación de la memoria plural y su impacto en la esfera pública» (VANEGAS [2016], p. 8).

19 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 318.

20 ABAD FACIOLINCE (2021a), pp. 318-319.

21 ABAD FACIOLINCE (2020), p. 606.

excretas, un techo para la lluvia y el sol»²²; y consiguió encarnar su ideal, pues «soñaba con un nuevo tipo de médico, un *poliatra*, [...], sanador de la polis y quería dar ejemplo de cómo debía comportarse ese nuevo médico de la sociedad, que no se ocuparía de atacar y curar la enfermedad caso por caso, sino de intervenir en sus causas más profundas y lejanas»²³.

Este ideal pone de manifiesto una perspectiva holística del ejercicio de la medicina que tiene sus más hondas raíces no tanto en su educación (pues «se sabía víctima y representante involuntario de los prejuicios de la triste y añosa y anquilosada educación que había recibido en los pueblos remotos donde se crió»²⁴) como en su vocación a un tiempo humanitaria y humanista. De las inquietudes intelectuales de su padre, exquisito melómano y voraz lector que disponía de una nutrida biblioteca, apunta Abad Faciolince:

De sus lecturas puedo decir que estas eran múltiples, desordenadas y de todo tipo. [...] Leía pocas novelas, pero muchos libros de poesía, en inglés, francés y español. [...] Le interesaba la filosofía política y la sociología (Maquiavelo, Marx, Hobbes, Rousseau, Veblen), las ciencias exactas (Russell, Monod, Huxley, Darwin), la filosofía (era un enamorado de los *Diálogos* de Platón, que le gustaba leer en voz alta, y de las novelas racionales de Voltaire), pero saltaba de esto a lo otro de una manera improvisada, como un diletante, y quizá por esto mismo muy feliz²⁵.

Si bien en el campo de la ficción solo parece haberse adentrado en el subgénero del cuento²⁶, el interés por la belleza y la escritura de Héctor Abad Gómez son palpables. En una misiva dirigida a su hijo admite:

Para mí, paulatinamente, se me va haciendo cada vez más evidente que lo que más admiro es la belleza. No hay tal que yo sea un científico, como lo he pretendido —sin lograrlo— toda la vida. Ni un político, como me hubiera gustado. Es posible que de habérmelo propuesto, hubiera podido llegar a ser un escritor. Pero ya tú empiezas a entender y a sentir todo el esfuerzo, el trabajo, la angustia, el aislamiento, la soledad y el intenso dolor, que la vida le exige a quien escoge este difícil camino de crear belleza²⁷.

Y, aunque se decanta por otra senda profesional, a lo largo de toda su vida cultiva la escritura y, con especial profusión, el género epistolar. De hecho, a la obra académica²⁸ y periodística de Abad Gómez, firma habitual en *El Mundo* de Medellín y *El Tiempo* de Bogotá y en otras muchas publicaciones, hay que sumar la obra *Cartas desde Asia*²⁹, una colección de cartas escritas durante una estancia en Filipinas dedicada a su hija Marta y de cuya carta-epílogo procede la cita anterior.

22 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 146.

23 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 238.

24 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 138.

25 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 137. Para una panorámica más completa véanse también las páginas 90-92.

26 En el capítulo «Cómo se viene la muerte» se afirma: «Él había meditado bastante, y desde hacía mucho tiempo, sobre su propia muerte. Incluso uno de los pocos cuentos que escribió en su vida está dedicado a ella, con su figura mítica, vieja vestida de negro con la guadaña al hombro, que lo visita una vez, pero le concede una prórroga» (ABAD FACIOLINCE [2021^a], p. 276).

27 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 266.

28 Héctor Abad Gómez fue autor de las siguientes obras: *Algunas consideraciones sobre salud pública en el departamento de Antioquia* (1947), *Nociones de salud pública* (1969), *Pasado, presente y futuro de la salud pública* (1969), *Una visión del mundo* (1970), *Manual de poliatría: El proceso de los problemas colombianos* (1971), *Caracterización del desarrollo científico en Colombia y su relación con la Salud Pública* (1986), *Relaciones profesores-estudiantes en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia* (1986), *Un programa de salud para Colombia* (1986) y *Teoría y práctica de la salud pública* (1987).

29 El libro, reeditado por la Universidad de Antioquia en 2007, contiene una veintena de cartas, dirigidas a numerosos destinatarios (algunos, personas concretas; otros, representantes de una colectividad genérica), a saber: «Carta a un niño», «Carta a mi hija mayor», «Carta a un aspirante a matrimonio», «Carta a mi esposa», «Carta a un artista», «Carta a un discípulo», «Carta a un amigo», «Carta a un político», «Carta a un aspirante a jefe», «Carta a un periodista», «Carta a mis padres», «Carta a mis hermanos», «Carta a un colega profesor», «Carta a un pragmático», «Carta a un idealista», «Carta a un enemigo», «Carta a un cínico», «Carta a un aspirante a sabio», «Carta a cualquier ser humano» y, a manera de epílogo, «Carta para el hijo».

El olvido que seremos también da testimonio fehaciente de ello y, en particular, del constante intercambio de cartas en el seno familiar, sobre todo entre padre e hijo. Este intercambio es crucial en la vida de Héctor Abad Faciolince, quien sobre sus misivas infantiles recuerda: «desde muy pequeño le mandaba cartas a mi papá, que las celebraba como si fueran epístolas de Séneca y obras maestras de literatura»³⁰; y cuyo sentimiento de soledad durante los viajes paternos tiene un antídoto eficaz en la palabra: «Esas líneas de letras que me traían desde Asia la voz de mi papá eran mi compañía nocturna y el soporte secreto de mi sueño»³¹. Pero no solo por el acompañamiento y refuerzo que suponen en el proceso de descubrimiento y consolidación de su vocación literaria, sino también por su contribución a la resolución de algunos interrogantes y crisis personales. Así lo ponen de manifiesto los fragmentos de cartas paternas que reproduce a lo largo de las páginas de *El olvido que seremos*.

Por insólito que parezca, el intercambio verbal paternofilial no se detiene del todo con el asesinato del padre; ejemplificando la aseveración de Irene Vallejo de que hablar con los difuntos es «algo menos que una conversación, pero mucho más que un monólogo»³², Abad Faciolince reconoce:

[Mi padre] Era, y en parte sigue siendo, una presencia constante en mi vida. Todavía hoy, aunque no siempre, le obedezco (él me enseñó también a desobedecer, si era necesario). Cuando tengo que juzgar algo que hice o algo que voy a hacer, trato de imaginarme la opinión que tendría mi papá sobre ese asunto. Muchos dilemas morales los he resuelto simplemente apelando a la memoria de su actitud vital, de su ejemplo, y de sus frases³³.

También sigue dirigiéndose a él en sus diarios. Prueba de ello es, por ejemplo, la entrada del 10 de febrero de 2001, en pleno proceso de gestación de *El olvido que seremos*, donde le consulta: «Tu vida. ¿Por dónde quieres que empiece?»³⁴. Y, cómo no, la «Carta a mi papá», redactada en abril de 2002, donde, pese a ser consciente de la unilateralidad comunicativa impuesta por la muerte, le escribe:

A mí me gustaría que estuvieras en el Cielo. O aunque fuera en el Infierno. En alguna parte [...] Pero no. Tú mismo me enseñaste que los hombres nos morimos del todo y para siempre [...]. Sin embargo te escribo. No con la tonta ilusión de que me leas, pues no la tengo, pero sí con la certeza de que te hubiera gustado leer esta carta. Lo sé porque siempre nos gustó escribirnos cartas³⁵.

Es más, a finales del año 2000, durante una estancia en Boston, Abad Faciolince halla en una biblioteca un ejemplar de la novela dialogada *Réquiem por una mujer* (1950) de William Faulkner y, acaso inspirado por la cita «The past is never dead. It isn't even past», se adentra, como ocurre a veces en sus diarios, en el territorio de la minificción con este breve texto de carácter onírico: «Cada seis o siete meses, en el sueño, recibía una carta de su padre, pero siempre era igual: adentro no había nada; llegaba solamente el sobre vacío»³⁶.

Por tanto, se puede afirmar que, de una manera imperfecta y singular (acaso no tan desacostumbrada entre dolientes, pues, como sostiene Vallejo: «el diálogo continúa porque los muertos se quedan enteros dentro de nosotros, esculpido en lo que somos gracias a ellos»³⁷), la comunicación y el intercambio epistolar entre padre e hijo se extiende *post mortem* y atraviesa incluso algunos textos literarios. Y es desde esta perspectiva que la imagen de *El olvido que seremos* como una «carta a una sombra» cobra un nuevo sentido, muy evocador.

30 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 24.

31 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 114.

32 VALLEJO (2020), p. 8.

33 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 29.

34 ABAD FACIOLINCE (2020), p. 489.

35 ABAD FACIOLINCE (2020), p. 536.

36 ABAD FACIOLINCE (2020), p. 480.

37 VALLEJO (2020), p. 8.

Si nos atenemos a las declaraciones del autor-narrador-personaje en el último y brevísimo capítulo titulado «El olvido», la «primera inspiración» de *El olvido que seremos* son las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, una obra lírica que fascinaba a Héctor Abad Gómez y que ocupa un lugar privilegiado en el panteón literario paterno-filial:

Algunas de las *Coplas de don Jorge Manrique a la muerte de su padre*, las recitó tantas veces de memoria mi papá en nuestras largas caminatas por el campo, que acabé por aprendérmelas yo también de memoria, y creo que me acompañarán, como lo acompañaron a él, toda la vida, martillando con su ritmo maravilloso en las paredes de mi cráneo, con su perfecta melodía consoladora que se asoma al oído y al pensamiento desde los pliegues más hondos de una conciencia que trata de explicar lo inexplicable³⁸.

No obstante, ya desde la elección del título, procedente de parte del primer verso del soneto «Aquí/Hoy» de Jorge Luis Borges³⁹, queda patente que las influencias son numerosas y variadas⁴⁰. A su vez, estas se multiplican si atendemos a las lecturas y reflexiones registradas por Abad Faciolince en sus diarios (donde transita una amplia nómina de autores colombianos, hispanoamericanos, estadounidenses, españoles, italianos, franceses, ingleses...). Y a las revelaciones que realiza en algunas entrevistas; por ejemplo, en relación con la influencia en su obra de la literatura judía europea y, en concreto, de las obras *Si esto es un hombre* y *La tregua* de Primo Levi y *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg⁴¹, en la elección de un tono desdramatizador para el relato de las tragedias familiares.

De todas las mencionadas, nos interesa aquí la alusión a una obra de género epistolar en el capítulo «Un niño de la mano de su padre», en el que Abad Faciolince al recordar su apego infantil a la figura paterna reconoce: «Cuando, muchos años más tarde, leí la *Carta al padre* de Kafka, yo pensé que podría escribir esa misma carta, pero al revés, con puros anónimos y situaciones opuestas»⁴². Y es que la alusión a este plausible proyecto de reescritura se encuentra pocas páginas después de la afirmación de que *El olvido que seremos* es una «carta a una sombra» y, sin duda, pese a la evidencia de que no se trata de una carta propiamente dicha, invita al rastreo de la influencia epistolar kafkiana en la novela del autor medellinense.

Cabría señalar que la única noticia de un proyecto narrativo de ese género por parte de Abad Faciolince se remonta a 1990, año en que registra en su diario: «Estoy escribiendo, a cuatro manos, con Roberto Cagliero⁴³, una novela epistolar en italiano»⁴⁴. Pero, como tantos otros proyectos creativos allí mencionados, esta novela concebida al alimón no pareció fraguar. Por el contrario, la clarividencia sobre las claves de escritura de la carta kafkiana «al revés» son esbozadas con mucha precisión:

38 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 271. En sus diarios Héctor Abad Faciolince también deja constancia de la predilección de Gabriel García Márquez por este poema: «García Márquez dice que el poema más hermoso de la lengua castellana son las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique. Yo las empiezo [...]. García Márquez comenta que en la Costa todavía dicen “recordar” en el sentido de despertarse, y que eso es lo que significa el verso en la primera palabra del primer verso de las coplas» (ABAD FACIOLINCE [2021b], p. 340).

39 Así lo demuestra Héctor Abad Faciolince en su obra *Traiciones de la memoria*, donde concluye: «es hermoso que unas letras manchadas por los últimos hilos de su vida hayan rescatado, sin pretenderlo, para el mundo, un olvidado soneto de Borges sobre el olvido» (ABAD FACIOLINCE [2021b], p. 180).

40 En el caso de los hipotextos poéticos y su relación con la memoria colectiva en *El olvido que seremos*, véase HOMANN (2021).

41 CRUZ (2016), p. 161. Asimismo, en una entrevista realizada por Juan S. Cárdenas insiste: «Hubo un par de escritores judíos que fueron muy importantes en mi formación literaria y ética: los libros testimoniales de Primo Levi y las novelas autobiográficas de Natalia Ginzburg. Digamos que me ha interesado mucho la literatura judía europea» (CÁRDENAS [2014], p. 41).

42 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 28.

43 Roberto Cagliero es profesor de literatura hispanoamericana en Italia; también es mencionado en los diarios de Abad Faciolince.

44 ABAD FACIOLINCE (2020), p. 148.

Yo no le tenía miedo a mi papá, sino confianza; él no era déspota, sino tolerante conmigo; no me hacía sentir débil, sino fuerte; no me creía tonto, sino brillante. Sin haber leído un cuento ni mucho menos un libro mío, como él sabía mi secreto, a todo el mundo le decía que yo era escritor, aunque me daba rabia de que diera por hecho lo que era sólo un sueño⁴⁵.

Ciertamente estas claves se encuentran en las antípodas de la *Carta al padre* (1919) que, según Max Brod, amigo y editor de Kafka, «dentro de su completa sencillez expresiva, constituye con seguridad uno de los documentos más curiosos y complicados que se hayan escrito jamás sobre un conflicto vital»⁴⁶, a saber: la compleja relación de Franz con su progenitor, quien le infunde temor, exhibe una superioridad física y psicológica abrumadora, lo hace sentir despreciable y desdeña su vocación literaria.

Así pues, a través de una lectura y el análisis comparativo, las siguientes páginas se centrarán en el rastreo de las similitudes y disimilitudes reveladoras de la huella epistolar kafkiana en *El olvido que seremos*.

¿Cuántas personas podrán decir que tuvieron el padre que quisieran tener si volvieran a nacer? Yo lo podría decir...

Pese a la existencia de obvias diferencias (de naturaleza, género, extensión...) una lectura atenta de la *Carta al padre* y *El olvido que seremos* proporciona indicios de que la alusión a la posibilidad de reescritura de la misiva kafkiana «al revés» de Héctor Abad Faciolince acaso no fuera un mero fogueo creativo (o un conato de delirio filial).

Como punto de partida habría que señalar que tanto la carta de Kafka como «la carta a una sombra» de Abad Faciolince están destinadas a sus padres: Hermann Kafka y Héctor Abad Gómez. Ciertamente que Kafka, que media la treintena en 1919, escribe una carta a un padre vivo casi septuagenario en respuesta a su pregunta de por qué dice que le tiene miedo, y, en cambio, el autor colombiano, ya adentrado en la cuarentena, a un padre asesinado a los sesenta y cinco años hace casi dos décadas, por un imperativo íntimo⁴⁷ y como «un simulacro de recuerdo, una prótesis para recordar, un intento desesperado por hacer un poco más perdurable lo que es irremediablemente finito»⁴⁸. A modo de curiosidad, cabe apuntar, eso sí, que el padre de Kafka tampoco alcanza a leer la carta, pues su mujer, Julie Kafková, en lugar de entregársela, la devuelve a su hijo «acaso con alguna palabra de apaciguamiento»⁴⁹, y esta no ve la luz hasta 1952, muertos ya Franz y Hermann.

Estos destinatarios no son insólitos en la obra de estos autores, puesto que la figura paterna atraviesa toda su producción literaria. Kafka, quien concebía la escritura como una actividad emancipadora del padre y, según Brod, tuvo el deseo de «ordenar su obra literaria bajo el título conjunto de *Tentativa de evadirme de mi padre (Fluchversuch vor dem Vater)*»⁵⁰, en *Carta al padre* sostiene:

Mis escritos trataban de ti; en ellos exponía las quejas que no podía formularte directamente, reclinándome en tu pecho. Era una despedida de ti, intencionadamente dilatada; sin duda eras tú quien la imponía, pero seguía la dirección que yo le fijaba⁵¹.

Por su parte, Abad Faciolince, si bien publicó *Malos pensamientos* (1991), su primer libro de cuentos, y *Asuntos de un hidalgo disoluto* (1994), su primera novela, tras la muerte de su padre,

45 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 28.

46 BROD (1974), p. 20.

47 En el capítulo «Cómo se viene la muerte» afirma: «Mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora» (ABAD FACIOLINCE [2021a], p. 274).

48 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 317.

49 BROD (1974), p. 21.

50 BROD (1974), p. 29.

51 KAFKA (2002), p. 67.

en el capítulo inicial de *El olvido que seremos* reconoce: «Es una de las paradojas más tristes de mi vida: casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme»⁵².

No sorprende, pues, que en las dos obras estudiadas la figura del padre, la relación paterno filial y su huella en el hijo sean temas y ejes centrales. Eso sí, en el caso de Kafka, quien llega a afirmar: «tu relación con los hijos [...] constituye el tema de toda esta carta»⁵³, proporcionando un claro ejemplo personal de «edipización del universo», tal como han estudiado Gilles Deleuze y Félix Guattari⁵⁴. En el de Abad Faciolince, superada una tentativa juvenil (a un tiempo suicida y homicida) de «matar al padre»⁵⁵ y completado el proceso de reconstrucción de significado que impone su pérdida, como un testimonio de reconocimiento y gratitud. Es más, la cita del escritor israelí Yehuda Mijai reproducida al comienzo de su novela («Y por amor a la memoria/ llevo sobre mi cara la cara de mi padre»), rememora una reflexión que hace el psicoterapeuta Robert A. Neimeyer al abordar las recomendaciones de quien emprende un ejercicio de escritura sobre la huella vital de un ser querido fallecido a la hora de la elaborar su duelo, a saber:

Aunque las personas que pertenecemos a la cultura occidental estamos muy acostumbradas a pensar en nosotras mismas como «individuos», orgullosos de ser diferentes de los demás, todos tenemos «personalidades pastiche», que reflejan características modeladas a partir de una amplia serie de personas que han sido importantes para nosotros. [...] En cierto sentido nos convertimos en recuerdos vivientes de estas personas, incluso después de que ellas mismas hayan muerto⁵⁶.

Para ambos autores es en este sentido primordial la impronta personal paterna, que sin duda eclipsa la huella de madre⁵⁷ y hermanos (dos hermanos muertos a muy pronta edad y tres hermanas, también menores, en el caso de Kafka; tres hermanas mayores, la más joven fallecida en 1972, y una menor, en el de Abad Faciolince); pero mientras para el primero resulta castrante, no es así para el segundo. Esto se debe en gran medida a que los sentimientos que despiertan Hermann Kafka y Héctor Abad Gómez en sus hijos son antagónicos. El autor bohemio arranca su misiva asumiendo el miedo, un miedo pánico, que le infunde su padre:

No hace mucho me preguntaste por qué digo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe qué contestarte; en parte; precisamente, por el miedo que te tengo [...]. Y si, con esta carta, intento contestar a tu pregunta por escrito, lo haré sin duda de un modo muy incompleto, porque, aun escribiendo, el miedo y sus consecuencias me atenazan al pensar en ti⁵⁸.

Al contrario, en una reescritura profana del primer mandamiento Abad Faciolince declara al comienzo de *El olvido que seremos*: «el niño, yo, amaba al señor, su padre, sobre todas las cosas. Lo amaba más que a Dios»⁵⁹. Y este sentimiento idólatra perdura en toda la novela.

Estas emociones se reflejan de forma clara a su vez en la percepción de los progenitores por parte de sus vástagos. Hermann Kafka es dibujado por su hijo como un «hombre gigantesco», cuya corpulencia lo oprime:

Recuerdo, por ejemplo, cuando a menudo nos desvestíamos juntos en una sola caseta de baños. Yo, flaco, débil, esmirriado; tú, fuerte, alto, de anchas espaldas. Ya en la caseta, me avergonzaba de mí mismo, y no sólo ante ti, sino ante el mundo entero, porque tú eras para mí la medida de todas las cosas. Luego, cuando salíamos de la caseta, ante la gente, cogiéndote de la mano, como un pequeño esqueleto, inseguro⁶⁰.

52 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 25.

53 KAFKA (2002), p. 89.

54 DELEUZE y GUATTARI (1990). Véase el capítulo «Un Edipo demasiado grande», donde se afirma a su vez: «*La metamorfosis* es la historia ejemplar de una re-edipización» (p. 27).

55 En el capítulo «Accidentes de carretera» Abad Faciolince relata: «El clímax de la total dependencia y comunión fue en México, en 1978, cuando digo que quise matarlo, matarlo y matarme» (ABAD FACIOLINCE [2021a], p. 230).

56 NEYMEYER (2019), p. 248.

57 Cabe señalar que a la «muerte materna» le dedica el cuento «Álbum» recogido en *El amanecer de un marido* (2010).

58 KAFKA (2002), p. 11.

59 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 13.

60 KAFKA (2002), p. 20.

Por el contrario, la presencia de su padre no solo no incomoda a Héctor Abad Faciolince, sino que su relación física con él es muy cercana, pese a que en el contexto social y familiar «la expresión del afecto entre hombres entraba en el terreno de la cursilería o de la maricada, y sólo estaban permitidas las grandes palmadas y los madrazos, como la mayor muestra de cariño»⁶¹. De hecho, ante ciertos recuerdos infantiles algunos autores han insinuado la existencia de pulsiones sexuales; por ejemplo, Wilson Orozco ha llegado a sostener que «esa especie de amor cortés que el niño siente es, sin embargo, desmedido, y está teñido de instinto animal y connotaciones homoeróticas»⁶².

De la misma manera, el carácter temperamental e irascible de Hermann Kafka, cuyo hijo asemeja al de los tiranos, no concuerda con la templanza y bonhomía de Héctor Abad Gómez, quien atempera su malhumor y contradicciones mediante la música y lectura en la soledad de la biblioteca. Es curioso, desde este punto de vista, el esfuerzo de Kafka por contrarrestar la imagen negativa y señalar aspectos positivos de la personalidad del padre (laboriosidad, constancia, imperturbabilidad, autoconfianza, cierta generosidad...); sin duda, equiparable al de Abad Faciolince por alejarse de la hagiografía y registrar algunos aspectos negativos (vanidad, machismo, ingenuidad, generosidad sin filtros, torpeza, temeridad...) del suyo.

Por supuesto, el «sistema educativo» de estos padres es bastante disímil: mientras Hermann Kafka perpetúa la educación recibida a base de «dureza, gritos y cólera»⁶³ con la amenaza «Te voy a hacer picadillo»⁶⁴, Héctor Abad Gómez se desvincula del sistema autoritario («sin muestras exteriores de cariño, con rejo y mano dura»⁶⁵ del abuelo Antonio) y coquetea con la condescendencia bajo el lema «el mejor método de educación es la felicidad»⁶⁶. En ello redonda en su obra póstuma *Manual de tolerancia*⁶⁷, en la que recomienda: «Si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz, si quieres que sea mejor, hazlo más feliz. Los hacemos felices para que sean buenos y para que luego su bondad aumente su felicidad»⁶⁸.

En relación con esta mención de la herencia paterna de los propios padres, habría que dejar constancia de que tanto en *Carta al padre* como *El olvido que seremos* hay páginas que se demoran en la presentación de las ramas familiares materna y paterna. Para Kafka la oposición entre los Löwy y los Kafka es manifiesta: los principales atributos de los Löwy son el sentido de la justicia, la inquietud, la soledad, la timidez, el silencio...; los de los Kafka, la salud, el buen apetito, la robustez, la facilidad de palabra, la mundología, la tenacidad... Él, frente a su padre, al igual que su abuelo un Kafka de pura cepa, se retrata como «un Löwy con cierto fondo kafkiano, que sin embargo no se pone en acción por la voluntad kafkiana de vida, de comercio, de conquista, sino por un agujijón löwyano que penetra de un modo más secreto, más medroso, en otra dirección»⁶⁹. En cierta medida, Kafka parece echar en falta más conexión con las raíces religiosas y cultas de su madre, nieta y bisnieta de devotos rabinos por la rama de los Porias, o al menos el ejemplo de una vida más piadosa, pues a su padre le recrimina: «no se trataba de una instrucción religiosa que hubieses tenido que dar a tus hijos, sino de una vida ejemplar: de haber sido más sólido tu judaísmo»⁷⁰.

Por su parte, en la primera subdivisión del capítulo «Guerras de religión y antídoto ilustrado» Abad Faciolince, en una breve intromisión en el subgénero de la saga familiar al estilo de *Cien*

61 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 38.

62 OROZCO (2018), p. 444.

63 KAFKA (2022), p. 17.

64 KAFKA (2022), p. 31.

65 En su diario Abad Faciolince afirma: «De mi papá aprendí, ante todo, a no ser castrador. Mi abuelo, en cambio, castraba novillos, potros y tal vez hijos» (ABAD FACIOLINCE [2020], p. 218).

66 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 34.

67 En relación a la gestación de esta obra, editada por Planeta Colombia y la Universidad de Antioquia en 2007 y por la editorial Angosta en 2018, escribe en *El olvido que seremos* Héctor Abad Faciolince: «En esos días en que revisé todos sus papeles fui escogiendo poco a poco algunos fragmentos de sus escritos nuevos y viejos, y fui armando un pequeño libro que después publicamos con ayuda del gobernador, Fernando Panesso Serna [...] y del ministro de Educación, un médico, Antonio Yepes Parra, que había sido alumno de mi papá y quiso apoyar esa compilación que luego yo titulé *Manual de tolerancia*. Carlos Gaviria, desde su exilio en Argentina, nos mandó el prólogo» (ABAD FACIOLINCE [2021a], p. 264).

68 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 28.

69 KAFKA (2002), pp. 14-15.

70 KAFKA (2002), p. 64.

años de soledad, aborda las contradicciones internas de la genealogía materna, donde confluyen liberalismo y «una estirpe de godos rancios de recatadas costumbres cristianas»⁷¹, y de la paterna, donde su abuelo, liberal y masón, rompe con los preceptos de «una familia también goda y apegada a la tradición»⁷²; luego se centra en el núcleo familiar propio, que considera deudor de esta oposición idiosincrásica en la medida en que en su seno también pervivía «esta lucha entre la tradición católica más reaccionaria y la Ilustración jacobina, aunada en la confianza en el progreso guiado por la ciencia»⁷³. Para él su madre, Cecilia Faciolince, encarnaba el pragmatismo y el oscurantismo; su padre, el idealismo y el iluminismo. Y, otra vez a diferencia de Kafka, la identificación de Abad Faciolince con la personalidad y el ideario de su «padre ejemplar» es plena: «Entre dos pasiones religiosas insensatas, una masculina, en el colegio, y otra femenina, en la casa, yo tenía un asilo nocturno e ilustrado: mi papá»⁷⁴.

Esta comunión propició un vínculo que Kafka desconoce y cuyo anhelo verbaliza de la siguiente manera: «habría necesitado estímulo, un poco de amistad»⁷⁵. En contraposición, Abad Faciolince habla de Alberto Aguirre y Carlos Gaviria, dos personas cruciales en su vida posterior al exilio de Colombia a finales de 1987, como «dos grandes amigos que heredé de mi mejor amigo»⁷⁶. Clave es también el sentimiento de autoconfianza (y cierta responsabilidad) que le infunde su padre y del que deja constancia aquí y allá como cuando declara:

Lo que yo sentía con más fuerza era que mi papá tenía confianza en mí, sin importar lo que yo hiciera, y también que depositaba en mí grandes esperanzas (aunque siempre corría a asegurarme que no era necesario que yo lograra nada en la vida, que mi sola existencia era suficiente para la felicidad de él)⁷⁷.

Kafka, por el contrario, solo percibe una y otra vez la falta de reconocimiento de su padre. El relato de sus experiencias infantiles es desolador:

Bastaba con estar contento por cualquier cosa, sentirse colmado por ella, llegar a casa y expresarla, para obtener como respuesta un suspiro irónico, un gesto de negación con la cabeza, unos golpecitos en la mesa con los dedos: «he visto cosas mejores», o «no me vengas con cuentos», o «en qué cabeza cabe», o «qué sales ganando con eso», o «vaya acontecimiento»⁷⁸.

Y ya de adulto le explica que «estas decepciones de niño no eran decepciones de la vida común, ya que, por venir de tu persona (que daba la norma de todas las cosas), llegaban al fondo de mi espíritu»⁷⁹ y censura su «absoluta insensibilidad para el dolor y la vergüenza que podías infligirme con tus palabras y tus juicios»⁸⁰. Para entonces siente un daño irreparable. Recuérdese a este respecto una de las afirmaciones más desgarradoras del párrafo final de *Carta al padre*: «Ni siquiera tu desconfianza en los demás es tan grande como la desconfianza en mí mismo en que me has educado»⁸¹.

En particular, la disparidad del grado de intimidad con el padre es más que notoria en relación con los relatos del despertar sexual adolescente de ambos autores. La respuesta paterna a la única pregunta relativa al sexo que en un arrebató verbal hace Kafka a sus padres adoleció, según él, de

71 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 81.

72 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 85.

73 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 88.

74 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 98. No obstante, Abad Faciolince también señala: «Aunque me contara las historias vergonzosas del cristianismo guerrero para comentar las torturas padecidas por sus mártires, mi papá no había dejado de sentir un profundo respeto por la figura de Jesús [...]. También le gustaba la Biblia, y a veces me leía pedazos del libro de los Proverbios, o del Eclesiastés, y aunque le parecía que el Nuevo Testamento era mucho menos buen libro que el Antiguo, literariamente hablando, reconocía que moralmente, en los Evangelios, había un salto hacia adelante» (ABAD FACIOLINCE [2021a], p. 91).

75 KAFKA (2002), p. 19.

76 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 314.

77 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 162.

78 KAFKA (2002), p. 22.

79 KAFKA (2002), p. 23.

80 KAFKA (2002), p. 23.

81 KAFKA (2002), p. 96.

«cierta franqueza avasalladora, cierto primitivismo»⁸². Abad Gómez, en contrapartida, al descubrir a su hijo «en ese ejercicio manual que para todo adolescente es un delicioso apremio impostergable»⁸³, espera una semana para, a través del relato de una anécdota familiar, invitarlo a añadir discreción a la práctica; al escuchar sus dudas sobre su orientación sexual, le habla de los cambios hormonales de la adolescencia, le asegura que «ser homosexual o heterosexual era lo mismo que ser diestro o zurdo, sólo que los zurdos eran un poco menos numerosos que los diestros»⁸⁴, le advierte sobre los peligros de la impostura y, rememora el autor, «me dijo, con una sabiduría y una generosidad que todavía le agradezco, con una tranquilidad que todavía me tranquiliza, yo debía esperar un tiempo a tener más trato con las mujeres, a ver si con ellas no sentía lo mismo, o más y mejor»⁸⁵. Así lo rememora un hombre heterosexual que en sus diarios habla abiertamente de su colpofobia juvenil.

¿Y qué decir de la vivencia de los proyectos matrimoniales? Es archiconocido que en su *Carta al padre* Kafka culpa del fracaso de sus dos tentativas maritales, cuya «idea fundamental [...] era totalmente correcta: fundar una familia, independizarme»⁸⁶, a Hermann Kafka, por cuya educación y tiranía devino «intelectualmente incapaz para el matrimonio»⁸⁷, es decir, inepto para la conquista de una vida autónoma y libre. En cambio, Abad Faciolince, pese a que en un momento llega a afirmar «yo creo que tuve, incluso, demasiado padre»⁸⁸, sí es capaz de emprenderla ya al inicio de la veintena y sin intromisiones paternas. Así lo registra, de una forma breve y concisa: «creo que solo me liberé de él, de su excesivo amor y de su trato perfecto, de mi excesivo amor, cuando me fui a vivir a Italia, con Bárbara, mi primera esposa, la madre de mis dos hijos, en el año 82»⁸⁹.

Otro aspecto abordado por ambos autores es su relación con el lenguaje, también signada por el entorno familiar y la figura paterna. De una parte, Kafka suele aludir a la facilidad de palabra de Hermann Kafka, pero también al «silencio sombrío» que su «temperamento déspota» imponía. Su relato sobre su adquisición de un modelo comunicativo inhibido y la «pérdida del atributo humano por excelencia»⁹⁰ es estremecedor:

La imposibilidad de una relación serena tuvo otra consecuencia, por otra parte muy natural: perdí la facultad de hablar. Es probable que, de todos modos, no hubiese llegado a ser un gran orador, pero sin duda habría dominado el lenguaje fluido, habitual entre la gente. No obstante, ya muy temprano me prohibiste hablar; tu amenaza: «¡No te atrevas a replicarme!», y tu mano alzada al proferirla, son dos cosas que me acompañan desde siempre. Frente a ti —eres un magnífico orador cuando se trata de lo tuyo—, adquirí una forma de hablar entrecortada, balbuciente, pero incluso eso te parecía excesivo, y acababa por callarme, al principio quizás por obstinación, y después porque no podía ni pensar ni hablar en tu presencia⁹¹.

Cierto que Brod, en cuya opinión la figura de Hermann Kafka suele aparecer «agigantada en su magnitud por el ingenio de Franz»⁹², deja constancia de que «en el trato con otras personas, y siempre que se decidiera a romper su mutismo, [Kafka] hablaba en forma desenvuelta, fluida y elegante, con una atractiva y exuberante riqueza de ideas que muy a menudo era de tono placentero y que por su paradójica naturalidad fue todo menos “atropellada”»⁹³.

De otra, si bien Abad Faciolince —que al relatar su más tierna infancia hiperboliza al afirmar: «creo que tuve que aprender a escribir para poder comunicarme de vez en cuando»⁹⁴— también habla de su tendencia al mutismo en el ámbito doméstico, este no es atribuido al padre sino a la

82 KAFKA (2002), p. 80.

83 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 161.

84 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 164.

85 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 165.

86 KAFKA (2002), p. 84.

87 KAFKA (2002), p. 86.

88 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 29.

89 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 230.

90 CASTILLA (1985), p. 13.

91 KAFKA (2002), pp. 28-29.

92 BROD (1974), p. 20.

93 BROD (1974), p. 28.

94 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 24.

«pasmosa habilidad lingüística que tienen las mujeres»⁹⁵ y sus cinco hermanas en particular. Sin embargo, los testimonios de su educación en y para el diálogo aparecen por doquier, por ejemplo cuando recrea una discusión sobre la frase «Sin justicia no puede haber paz»⁹⁶ mantenida con su padre, cuya metodología docente, por cierto, se inspiraba para desconcierto de parte de su alumnado en «el viejo método socrático de enseñar preguntando»⁹⁷.

Con todo, ambos autores se inclinan por la palabra escrita en detrimento de la palabra oral. Para los dos, lectura y escritura son actividades cruciales en sus vidas. Según su madre, Kafka era «un niño débil y tierno, serio en general, aunque predispuesto a veces a la travesura, un niño que leía mucho»⁹⁸. Aunque en su hogar no pareció encontrar demasiado estímulo intelectual (en *Carta al padre* cuenta cómo de su padre, al que le dio a leer los recuerdos de juventud de Benjamín Franklin motivado por su descripción de las relaciones paternofiliales, solo obtuvo un comentario irónico sobre el vegetarianismo del autor), sus primicias literarias fueron breves piezas teatrales escritas para sus hermanas con motivo de celebraciones familiares. Pero de su padre, ante su actividad literaria posterior, solo percibe repulsión, una repulsión que emponzoña su grato sentimiento de libertad creadora sintetizado en la frase: «Me sentía a salvo escribiendo, podía respirar»⁹⁹. De Hermann Kafka se hace famoso en la casa el desidioso mandato: «¡Ponlo en la mesita de noche!»¹⁰⁰.

Por el contrario, para Héctor Abad Faciolince —quien dedica buena parte del capítulo «Años felices» a la biblioteca familiar y a las lecturas infantiles y juveniles, relatando, por ejemplo, cómo conoce los cuentos de Óscar Wilde o recibe de regalo la biografía de Goethe— el estímulo lector (y viajero) es una constante. La estancia en México en 1978, auspiciada por su padre, es en este sentido un hito en su vida. Así evoca las lecturas y la ratificación de su vocación literaria en estos meses de «embarazo sabático»:

Recuerdo en especial haber leído [...] los siete volúmenes de la *Recherche*¹⁰¹, de Proust, con una pasión y una concentración que quizá nunca he vuelto a sentir en ninguna lectura. Si hay alguna lectura fundamental en mi vida, creo que esos meses [...] leyendo por las tardes la gran saga proustiana de *En busca del tiempo perdido* [...] fueron algo que marcaría para siempre mi vida como lector. Ahí confirmé que yo quería hacer exactamente lo mismo que Proust: pasar las horas de mi vida leyendo, escribiendo y quejándome del asma para no salir¹⁰².

En el caso de Abad Faciolince, los incentivos para la escritura son inmemoriales, pues se retrotraen a su más tierna infancia, en la que su padre ya celebraba las «líneas llenas de garabatos»¹⁰³ que tecleaba en la máquina de escribir de su despacho, donde el pequeño Héctor descubre «una de las magias más extraordinarias del mundo»¹⁰⁴. Estos persisten en la adolescencia y la juventud, cuando Abad Gómez proclama que su hijo, pese a solo haber hecho algunas incursiones en publicaciones escolares y coqueteado con la lírica, es escritor.

Y es que, mientras en el proceso de introyección del discurso cotidiano paterno Kafka solo cosecha desgarró psicológico:

Siempre me hacías el reproche (a mí solo o en presencia de otras personas, ya que no tenías noción de lo humillante que era esto último: los asuntos de tus hijos siempre eran públicos) de

95 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 24.

96 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 259.

97 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 239.

98 BROD (1974), p. 19.

99 KAFKA (2002), p. 67.

100 Según relata Brod, esta frase fue pronunciada por Hermann Kafka cuando su hijo le entregó un ejemplar de su obra *El médico rural* (1919), obra que le había dedicado (BROD [1974], p. 66).

101 Al abordar el estudio de la relación entre intertextualidad y memoria colectiva en *El olvido que seremos y el ruido de las cosas al caer* (2011) del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez, Homann sostiene: «La novela proustiana, modelo para el discurso del recuerdo, puede ser considerada como uno de los hipotextos omnipresentes para las novelas de ambos autores» (HOMANN [2021], p. 203).

102 ABAD FACIOLINCE (2021a), pp. 226-227.

103 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 23.

104 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 24.

que vivía sin privaciones, en medio de la paz, el calor y la abundancia, gracias a tu trabajo. Pienso en ciertas observaciones que deben de haber dejado, literalmente, surcos en mi cerebro¹⁰⁵.

El reconocimiento y el agradecimiento de la profunda huella de las invitaciones, refuerzos y celebraciones de su padre por parte de Héctor Abad Faciolince es, décadas después, conmovedor:

Cuando me doy cuenta de lo limitado que es mi talento para escribir [...] recuerdo la confianza que mi papá tenía en mí. Creo que el único motivo por el que he sido capaz de seguir escribiendo todos estos años, y de entregar mis escritos a la imprenta, es porque sé que mi papá habría gozado más que nadie al leer todas estas páginas mías que no alcanzó a leer¹⁰⁶.

Desde este punto de vista, no es sorprendente la oposición entre la desconfianza de Kafka en el porvenir, «en cuya existencia no creía»¹⁰⁷, y la confianza de Abad Faciolince, a quien su padre le había inoculado una firme fe en el futuro. A nivel colectivo, reflejada en observaciones del tipo: «confiaba, con el optimismo que me transmitía mi papá, en que nuestra época fuera menos bárbara, una nueva era —casi dos siglos después de la Revolución francesa— de real libertad, igualdad y fraternidad»¹⁰⁸. A nivel personal, perceptible en el nítido recuerdo de la última frase que escuchó de los labios paternos, pronunciada por Abad Gómez tras ser informado de los infructuosos resultados de una entrevista con visos laborales en la universidad: «Tranquilo, mi amor, ya verás que algún día serán ellos los que te llamen a ti»¹⁰⁹. Pues parece augurar su (en ese entonces tan solo futurible) reconocimiento literario y éxito profesional posterior. De ahí que tampoco sorprenda que Abad Faciolince, pese al dolor de la pérdida de su padre y a su clarividencia de que «todos estamos condenados al polvo y al olvido»¹¹⁰, en un claro reto a la severas leyes del tiempo acometiera la incierta tarea de rescatarlo «del olvido, al menos por unos cuantos años más, [...] con el poder evocador de las palabras»¹¹¹.

Querido padre / Mi adorado hijo

A todas las disimilitudes (o similitudes «al revés») comentadas, se ha de añadir otra, acaso de carácter más estructural: la irrupción del padre al final de ambas obras. Como ya se ha señalado, la voz del padre retruena (en el caso de Hermann Kafka) y su palabra está presente de forma oral y escrita (en el de Abad Gómez) de forma casi constante en las obras de sus hijos. Y en ambas curiosamente la última verbalización del padre es una carta dirigida a sus hijos.

En el penúltimo párrafo de *Carta al padre* —en un juego que podríamos denominar «metaepistolar»¹¹²— Kafka reproduce una misiva supuestamente escrita por su propio padre como respuesta a sus numerosos reproches filiales. En este, según Ruiz Bruce, «discurso especulativo» Hermann Kafka niega haber sido un obstáculo para el «intento de evasión» matrimonial de su hijo y, además de insinceridad y adulación, lo acusa de parasitismo:

Eres incapaz de vivir por tu cuenta, pero, para poderte organizar en la vida con comodidad, sin preocupaciones y sin reprocharte nada, demuestras que yo te he quitado tu capacidad para la vida y me la he metido en bolsillo¹¹³.

Asimismo, en la parte final del antepenúltimo capítulo de *El olvido que seremos* —donde los dos capítulos de cierre funcionan a modo de epílogo— Abad Faciolince transcribe una carta de

105 KAFKA (2002), p. 40.

106 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 25.

107 BROD (1974), p. 17. La cita proviene de los diarios de Kafka.

108 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 91.

109 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 281.

110 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 317.

111 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 318.

112 Estos juegos literarios han dificultado la clasificación genérica de *Carta al padre*. Enrique Ruiz Bruce señala al respecto: «No pocos antologadores se niegan a poner esta carta dentro del grupo de sus correspondencias, y la incluyen dentro de sus textos de ficción» (RUIZ [2008], p. 56).

113 KAFKA (2002), 94.

su padre (esta sí, real) fechada en enero de 1984. Al igual que en Kafka, se trata de la respuesta a una carta donde el hijo manifestaba su malestar, confesando sentirse desnortado y deprimido, al extremo de creer «haber insinuado que me pesaba hasta la vida misma»¹¹⁴. Pero, otra vez en las antípodas de Hermann Kafka, Abad Gómez no alimenta los sentimientos de impotencia, sino que apela cariñosamente a su destinatario; es empático y comparte experiencias personales; coadyuva a deconstruir los miedos filiales a la equivocación, al fracaso, a ser una carga económica para la familia y a no responder a las expectativas parentales; en lugar de reforzar el sentimiento de nulidad de su hijo, insiste en su valor como persona; aporta contraejemplos vitales... Y todo ello de una forma tan cálida y convincente que la carta paterna parece haberse convertido en un texto fetiche, pues, próximo ya a convertirse en quincuagenario, el autor colombiano admite: «[esa carta] siempre me ha dado confianza y fuerza»¹¹⁵.

Asimismo, inmediatamente después de la transcripción de la carta paterna tanto Kafka como Abad Faciolince reflexionan brevemente sobre los mismos temas: la verdad, la vida, la muerte. El párrafo de cierre de *Carta al padre* concluye así:

Naturalmente, las cosas no encajan tan bien en la realidad como las pruebas en mi carta; la vida es algo más que un rompecabezas que hay que resolver; pero con la corrección que resulta de este escrito [...] se ha logrado en mi opinión algo tan próximo a la verdad, que puede tranquilizarnos un poco a ambos y hacernos más fáciles la vida y la muerte»¹¹⁶.

Es obvio que, aunque le concede cierto efecto beneficioso, *Carta al padre*, «el documento autobiográfico más lúcido que se haya escrito nunca»¹¹⁷ según Castilla del Pino, no satisface las expectativas y anhelos de su autor. Por el contrario, para Abad Faciolince —quien durante la fase final de redacción de su novela hace la siguiente comparación: «Me saco de adentro estos recuerdos como se tiene un parto, como se saca un tumor»¹¹⁸— el efecto benéfico de la escritura es notable. Esto recuerda a las afirmaciones de Boris Cyrulnik en su ensayo sobre literatura y resiliencia, donde sostiene que «un duelo es una pérdida dolorosa que obliga a la creatividad»¹¹⁹ y que, si bien «la escritura no es una terapia», «el trabajo de escritura ayuda [...] a metamorfosear el dolor»¹²⁰. De ahí que el tono vitalista en las reflexiones que siguen a la misiva paterna esté muy lejos de resultar insincero.

En primer lugar, Abad Faciolince discurre sobre su total identificación con la noción de felicidad de raíces goethianas de su padre. Luego, sobre la dicotomía entre vida (encarnada paradójicamente en el padre asesinado) y muerte (representada por sus «tristes asesinos») y sobre la existencia de una «cadena familiar». Finalmente, sobre el triunfo de la verdad. Reproducimos a continuación las contundentes líneas con que a un mismo tiempo cierra el hilo de reflexiones y el propio capítulo:

Los asesinos no han podido exterminarnos y no lo lograrán porque aquí hay un vínculo de fuerza y de alegría, de amor a la tierra y a la vida que los asesinos no pudieron vencer. Además, de mi

114 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 297. De forma más concreta Abad Faciolince rememora: «Yo le contaba que no me sentía bien, en Italia, que estaba deprimido, que quería dejar una vez más otra carrera y volver a la casa» (ABAD FACIOLINCE [2021a], p. 297).

115 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 297. Ante las dificultades para relatar la muerte de su padre y acabar el libro, Abad Faciolince escribe en su diario: «Me siento insuficiente, es decir, siento que no escribo lo que tengo que escribir, sino trucos y trampas para escribir con éxito otras cosas sin importancia» (ABAD FACIOLINCE [2020], p. 598). Para la continuación señalar: «Voy a volver a leer las cartas de mi papá donde él me perdona. O tal vez no soporte su excesiva condescendencia. Soy injusto: tuve el papá perfecto para dar todo lo que he dado» (ABAD FACIOLINCE [2020], p. 598). Así que quizás no sea demasiado errado aventurar que antes de acometer la narración del asesinato de su padre Abad Faciolince relevara esta carta.

116 KAFKA (2002), p. 96.

117 CASTILLA (1985), p. 12.

118 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 294.

119 CYRULNIK (2020), p. 95.

120 CYRULNIK (2020), p. 253. Según Vargas Llosa, *El olvido que seremos* «muestra que aun de las más viles y crueles experiencias, la sensibilidad y la imaginación de un creador generoso e inspirado pueden valerse para defender la vida y mostrar que hay en ella, pese a todo, además de dolor y frustración, también goce, amor, ideales, sentimientos elevados, ternura, piedad, fraternidad y carcajadas» (VARGAS LLOSA [2022], p. 229).

papá aprendí algo que los asesinos no saben hacer: a poner en palabras la verdad, para que esta dure más que su mentira¹²¹.

Pero tampoco en Abad Faciolince todo es límpido. En el antepenúltimo capítulo de *El olvido que seremos*, titulado «El exilio», aparece el tema probablemente más recurrente en la *Carta al padre* de Kafka: la culpa. El autor-personaje-narrador, acaso acuciado por el síndrome del superviviente, se inculpa del asesinato de su padre en los siguientes términos:

Si en agosto de 1987 yo hubiera querido tanto a mi papá como lo quería cuando era niño, me habría dado cuenta del peligro que estaba corriendo, y lo habría obligado a marcharse al extranjero, o siquiera a Cartagena, como me fui yo mismo, para salvarme. Había una lista, estaba amenazado, estaban matando profesores de la universidad. Y no corrimos a salvarlo. [...] Fue asesinado salvajemente, entre otras cosas, por una falta de amor de su hijo, mía, y esto no me lo perdono ni me lo puedo perdonar¹²².

Sin embargo, el sentimiento de culpa de Abad Faciolince no alcanza los extremos del sentimiento de culpa kafkiano. Ni tampoco sus vaivenes, pues, como bien ha señalado Castilla del Pino, en el mismo texto Kafka «acusa y disculpa al explícito destinatario; se inculpa y disculpa a sí mismo»¹²³ de su debilidad, indecisión, temperamento melancólico, nerviosismo, desconfianza, vergüenza, mutismo, inconstancia, hipocondría, incapacidad para el matrimonio...

Además, el efecto reparador de la escritura de este «homenaje a la memoria y a la vida de un padre ejemplar»¹²⁴ es manifiesto, pues el hijo, a través de las palabras, consigue revivificar a Héctor Abad Gómez y postergar (por unos instantes, por unas páginas) el olvido que seremos.

CONCLUSIONES

Con inusitada frecuencia, incluso en el ámbito de la ciencia y la tecnología, se acude a la metáfora como el medio más eficaz (o, al menos, el más evocador) para apalabrar o sugerir nociones y realidades innominadas en la lengua y el habla cotidiana. No en vano es considerada el recurso literario por excelencia. Por ello dejar la identificación de *El olvido que seremos* con una «carta a una sombra» al margen del debate en torno a su adscripción genérica resultaba insólito y urgente su abordaje.

Y he ahí que, documentada la importancia que tuvo el intercambio epistolar en la relación entre el autor colombiano y su padre, la existencia de pruebas textuales de su peculiar continuidad *post mortem* y la aparición de reflexiones metaliterarias sobre el decisivo papel paterno en la concepción de la novela, dicha imagen no resulta ociosa e imprecisa. Al contrario, se pueda afirmar que la polimorfa, híbrida y ambigua obra *El olvido que seremos* —cuyo autor clasifica de novela sui géneris— es también una carta sui géneris, pues su vínculo con el género epistolar es incuestionable.

Eso sí, cabe aclarar que se trata de una carta sui géneris no tanto por estar dirigida a un destinatario muerto o hacer una reconstrucción novelesca de hechos biográficos reales retando las leyes del olvido sino por ser en buena medida la reescritura «del revés» de una carta cuyo impacto en la aproximación literaria a la figura del padre y a las relaciones paternofiliales ha sido determinante en la literatura occidental desde su publicación a mediados del siglo XX. Y es que, sin duda, y pese a la inspiración confesa en las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, el homenaje paratextual a Borges y la huella rastreable en sus páginas de numerosos autores y obras, la deuda de *El olvido que seremos* con *Carta al padre* de Franz Kafka es, como ha demostrado el análisis comparativo de ambas obras, palpable.

121 ABAD FACIOLINCE (2021a), pp. 299-300.

122 ABAD FACIOLINCE (2021a), p. 314. Asimismo, en su diario escribe: «En casi veinte años, no he sido capaz de mantener con vida a la persona que más me quiso. Soy un fracaso, solo por esto. [...] Aquí veo toda la dimensión de mi frivolidad de estos meses, de estos años» (ABAD FACIOLINCE [2020], p. 598).

123 CASTILLA DEL PINO (1985), p. 12.

124 ABAD FACIOLINCE (2021a), pp. 318-319.

De una parte, en el retrato del padre con «puros antónimos» (pues la descripción física y psicológica de Hermann Kafka y Héctor Abad Gómez no podía ser más antagónica), el cual desvela la fascinación por la figura paterna frente a la madre y el entorno femenino así como la importancia concedida a la huella psicológica y vital que imprime. De otra, en la atención a los mismos hitos biográficos (las raíces familiares, el modelo pedagógico paterno, el tipo de vínculo que establece, la relación personal con el lenguaje, el mutismo en el ámbito familiar, el despertar y la educación sexual, las inquietudes literarias, la religiosidad, la relación con las perspectivas de futuro...), pero describiendo «situaciones opuestas». En tercer lugar, en la irrupción del progenitor al final de la obra a través de la transcripción de una carta de su autoría en la que el reconocimiento del valor y la capacidad del hijo difiere notoriamente del contenido de la carta apócrifa de Hermann Kafka al cierre de *Carta al padre*. Y, por último, en la aparición de un tema de claras raíces judeocristianas como es el sentimiento de culpa (de aristas insanas para Kafka, pero bien canalizado por parte de Abad Faciolince mediante la escritura) y también en el interés por la verdad y su relevancia para afrontar dos cuestiones de suma importancia: la muerte y la vida.

En conclusión, afirmar que *El olvido que seremos* es ante todo una carta lacrada por la huella epistolar kafkiana sería reduccionista; pero conocer su íntima relación con *Carta al padre* contribuirá a una lectura más profunda y reveladora de su autenticidad moral.

REFERENCIAS

- ABAD FACIOLINCE, H. (2020). *Lo que fue presente* (Diarios 1985-2006). Madrid, España: Alfaguara.
- ABAD FACIOLINCE, H. (2021a). *El olvido que seremos*. Madrid, España: Alfaguara.
- ABAD FACIOLINCE, H. (2021b). *Traiciones de la memoria*. Barcelona, España: Penguin Random House.
- ALVES, W. (2019). «A tentação do relato: formas fantasiadas e desejo de escritura na narrativa contemporânea». *Caracol*, núm. 17, pp. 346-371.
- BELCASTRO DE ALMEIDA, G. (2019). «A justa medida da morte: O nascimento e a morte do eu em *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince». *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 45, pp. 139-157.
- BROD, M. (1974). *Kafka*. Madrid, España: Alianza Emecé.
- CAÑA JIMÉNEZ, M.^a del C. (2014). «Los paseos por Auschwitz de Héctor Abad Faciolince». *Romance Notes*, núm. 54, pp. 41-49.
- CÁRDENAS, J. S. (2014). «El fin del mundo a pie». *Minerva*, núm. 22, pp. 39-41.
- CASTILLA DEL PINO, C. (28 de marzo 1985). «Carta al padre, una aproximación al hombre». *El País*, pp. 12-13. Recuperado de: https://elpais.com/diario/1985/03/28/opinion/480812407_850215.html [16-3-2023].
- CRUZ, J. (2016). *Literatura que cuenta: entrevistas con grandes cronistas de América Latina y España*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo.
- CYRULNIK, B. (2020). *Escribí soles de noche. Literatura y resiliencia*. Barcelona, España: Gedisa Editorial.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1990). *Kafka. Por una literatura menor*. México D. F., México: Ediciones Era.
- ESCOBAR MESA, A. (2011). «Lectura sociocrítica de *El olvido que seremos*: de la culpa moral a la culpa ética». *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 29, pp. 165-195.
- FANTA CASTRO, A. (2015). «Imágenes del tiempo en *El olvido que seremos*». *Letral*, núm. 3, pp. 27-40.
- HOMANN, F. (2021). «Memoria colectiva e intertextualidad: las funciones mnemotécnicas de la tradición literaria en la narrativa de Juan Gabriel Vásquez y Héctor Abad Faciolince». *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 49, pp. 193-211.
- HORCASITAS MARTÍNEZ, P. (2021). «Entre lo real-biográfico y lo ficticio: autobioficción en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince». *Pasavento*, núm. 1, pp. 83-94.

- KAFKA, F. (2002). *Carta al padre*. España: Mds books/Mediasat.
- NEYMEYER, R. A. (2019). *Aprender de la pérdida. Una guía para afrontar el duelo*. Barcelona, España: Planeta.
- OROZCO, W. (2018). «El padre asesinado en Colombia: entre el padre viril y el padre amoroso». *Íkala. Revista de lenguaje y cultura*, núm. 3 (vol. 23), pp. 433-449.
- RUIZ BRUCE, E. (2008). «El cuerpo materno y la ley del padre: en pugna por el niño poeta en el espacio de escritura de Trilce». *Inti: Revista de literatura hispánica*, núm. 67, pp. 44-62.
- VALLEJO, I. (2020). «Ceremonias del adiós». *El País Semanal*, núm. 2276, p. 8. Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2020/05/06/eps/1588764057_074647.html [17-3-2023].
- VANDEN BERGHE, K. (2015). «Duelo por el padre y duelo por la patria. La poliatria en *El olvido que seremos* (2006), de Héctor Abad Faciolince». *Revista canadiense de Estudios Hispánicos*, núm.1 (vol. 40), pp. 275-295.
- VANDEN BERGHE, K. (2022). «Escritura seca, lectores bañados en lágrimas: una lectura en clave emocional de *El olvido que seremos*». En DHONT, R., MANDOLESSI, S. y ZÍCARI, M. (eds.), *Afectos y violencias en la cultura latinoamericana*. Frankfurt: Editorial Iberoamericana/Vervuert, pp. 199-216.
- VANEGAS VÁSQUEZ, O. K. (2015). «Lecturas del “yo escritor” en *El olvido que seremos* y *Traiciones de la memoria*, de Héctor Abad Faciolince». *Visitas al patio*, núm. 9, pp. 95-105.
- VANEGAS VÁSQUEZ, O. K. (2016). «Memoria y espacio autoficcional en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince». *Cuadernos del CILHA*, núm. 25, pp. 1-9.
- VARGAS LLOSA, M. (2022). *El fuego de la imaginación. Libros, escenarios, pantallas y museos (Obra periodística I)*. Madrid, España: Alfaguara.